

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo VIII después de Pentecostés.

De la mortificación.

HERMANOS míos amadísimos: No sé como encareceros la importancia de la Epístola de este día. En ella el Apóstol San Pablo, ardiendo en celo por la salvación de los fieles romanos, les habla de esta manera: «*Hermanos; no somos deudores á la carne, para que vivamos según ella; pues si viviereis según la carne, moriréis. Empero, si con el espíritu hiciereis morir los hechos de dicha carne, viviréis; porque los que obran movidos por el espíritu de Dios, hijos son de Dios... Pero si sois hijos, sois también herederos, herederos ciertamente de Dios y coherederos de Jesucristo. Esto es, si padecemos con El, para que con El seamos también glorificados.*» (Rom., VIII, 12 al 17.)

Dos cosas, como habréis notado, resaltan en esta Epístola: una que los cristianos no hemos de vivir según nuestras concupiscencias, sino mortificándolas, para imitar en lo posible la misma vida de Dios; otra, que para eso hemos recibido en el Bautismo la filiación divina, para que obremos como hijos de tan excelso Padre, considerándonos herederos de su reino celestial y coherederos con Jesucristo, *con tal que padezcamos ahora con El.*

¿Queremos nosotros ir al cielo? Ya sabemos el camino: mortificar nuestras pasiones para vivir según Dios; ó lo que es lo mismo, resistir á las concupiscencias rebeldes, para que no se desmanden, y cooperar á las sollicitaciones de la gracia por obrar siempre según el espíritu del Evangelio. Esto es lo que trata de inculcarnos la Iglesia nuestra Madre en la presente Dominica, y esto lo que á nosotros nos interesa comprender bien, para llevarlo á la práctica durante toda nuestra vida sobre la tierra. Por lo mismo habré de explicaros hoy dos cosas:

- 1.^a La naturaleza y necesidad de la mortificación.
- 2.^a El modo práctico de hacerla con provecho.

PUNTO 1.^o

NATURALEZA Y NECESIDAD DE LA MORTIFICACIÓN

Lo primero que ha de saber el hombre, si no quiere errar en el camino del cielo, es que á su cuerpo le ha de tratar como á un enfermo, á quien es preciso negarle muchas cosas inútiles que él apeetece, y hacerle que acepte otras útiles que á él le repugnan. El cristiano que se olvide de esta regla, cuéntese por perdido, y mucho más si fuere sacerdote ó religioso; porque el oficio propio de los siervos de Dios, es refrenar las exigencias de la naturaleza rebelde, para vivir según el espíritu del Señor. (*Quicumque spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei.*)

En esto suelen forjarse muchas ilusiones las gentes, aun las que se tienen por piadosas, y es preciso que entiendan todas que sin la mortificación frecuente y diaria es imposible que ningún hijo de Adán pueda cumplir sus obligaciones de *hombre*, ni de *cristiano*, y mucho menos de *religioso*. Así como el grano sembrado en la tierra no fructifica sin que antes muera, así también el hombre que no muere al mundo y á las concupiscencias propias, no puede en manera alguna producir frutos de obras buenas y virtuosas.

Innumerables son las sentencias de los Santos Padres que confirman esta verdad ascética, y todos ellos se fundan, no sólo en la experiencia cotidiana que así lo demuestra, sino en aquellas palabras de las sagradas Escrituras: «*Milicia es la vida del hombre sobre la tierra... El reino de los cielos padece fuerza y sólo le arrebatan los que se violentan...*» y muy principalmente en aquella sentencia de Cristo nuestro Señor: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sigame* (1).»

La mortificación, pues, es una ley ineludible en la vida del espíritu, y por eso el Apóstol, en la Epístola de este día, dijo á los fieles de Roma: «*Hermanos; no somos deudores á la carne, para que vivamos según ella; pues si viviereis según la carne, moriréis* (en el alma). *Empero, si con el espíritu hiciereis morir los hechos de dicha carne, viviréis*»; es decir, ahora con la vida de la gracia y después con la vida de la gloria, eterna y feliz.

En este punto, amados míos, no hay dudas, y por lo mismo no habré de insistir en él, concluyendo con San Agustín: «Este es vues-

(1) Job, VII, 1; Matth., XI, 12; Matth., XVI, 24.

tro negocio en esta vida; mortificar continuamente con el espíritu las exigencias desordenadas de vuestras pasiones... porque el aumento de la caridad es la disminución de las concupiscencias, y la perfección darlas muerte (1).»

Ahora bien: sentada ya la necesidad de mortificar las pasiones para vivir la vida del espíritu, ó lo que es lo mismo, la vida de Dios, se pregunta: ¿Qué es mortificación?—Si oímos á los Doctores católicos, nos dirán todos á una que es «la espontánea y libre separación del alma de la vida carnal, y el apartamiento de nuestras facultades, tanto internas como externas, de las obras ilícitas (2)». Y se llama *Mortificación*, más bien que *Muerte*, porque no consiste tanto en la misma separación del alma de la vida carnal, como en la lucha y esfuerzo para conseguirla.

Sin embargo, algunas veces llámase á la Mortificación, *Muerte*, tomando el efecto por la causa, como cuando San Pablo escribió á los Colosenses, diciéndoles: «Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (3).» Y en este sentido dijo el Padre Nierenberg: «¿Qué es la mortificación, sino una muerte anticipada?: es muerte del hombre vivo, muerte antes de la muerte, muerte espontánea, muerte de la voluntad, muerte muy difícil.» (Doctr. ascet., cap. XXVII, dis. 3.) Y yo, amados míos, añado que es muerte necesaria y gloriosa, muerte que da vida temporal y eterna, porque ninguno vive para el cielo si antes no muere en la tierra. Es preciso morir á nosotros mismos, á nuestras propias concupiscencias y á nuestro amor propio, de tal suerte, que muertos al mundo, nada queramos, ni hagamos, sino lo que conduzca á la gloria de Dios, á la imitación de Cristo y á la salvación nuestra y del prójimo.

Esto—diréis—es muy sublime, muy levantado, y nosotros no podemos alcanzar tan eximia perfección.—No, amados míos, no es así, y dicha perfección es compatible con todos los estados, con todos los oficios y con toda suerte de personas; porque á todos nos dice San Pablo en la Epístola de hoy, que *con el espíritu* (esto es, con el espíritu de Cristo) *hagamos morir los desórdenes de la carne, y viviremos*: á todos nos dice que, *si somos movidos á obrar, y obramos por el Espíritu de Dios, seremos hijos suyos*; á todos nos dice

(1) *Augmentum charitatis, diminutio cupiditatis, perfectio nulla cupiditas.* (S. Agust., Serm. XIII de Dom.)

(2) *Mortificatio est spontanea, liberaque animae a vita carnali separatio, et virium tam externarum, quam internarum ab illicitis operibus dissolutio.* (Jacobus Alvarez de Paz.)

(3) *Mortui enim estis: et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.* (Coloss., III, 3.)

en otra parte, que *si somos de Cristo, hemos de crucificar nuestro cuerpo con todos sus vicios y concupiscencias* (1); á todos nos dice que, á semejanza suya, *llevemos siempre la mortificación de Jesús en nuestros cuerpos para que su vida se manifieste también en nuestra carne*» (II Corint., IV, 10); á todos nos dice: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*, y todos quiere que podamos decir en verdad con El: «*Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.*» (Galat., VI, 24.) Y claro es que cuando esto nos dice el Santo, es porque podemos llevarlo á cabo con la gracia del Señor. Luego no es imposible.

Todos, pues, podemos y debemos mortificarnos, cada cual según sus circunstancias, pues á todos nos amonesta el Espíritu Santo, diciéndonos: «*No vayas en pos de tus concupiscencias, y apártate de tu propia voluntad. Si contentas á tu alma con tus apetitos, hará que seas el gozo de tus enemigos.*» (*Faciet te in gaudium inimicis tuis.*—Eccles., XVIII, 30 y 31.) Es decir, que caeremos en pecados graves y daremos gozo á los demonios, que tomarán posesión de nuestro corazón y le tiranizarán violentamente. Veamos ahora el modo práctico de mortificarnos con provecho y discreción.

PUNTO 2.º

PRÁCTICA DE LA MORTIFICACIÓN

Toda la práctica de la mortificación cristiana se halla fundada en aquella divina máxima de Cristo nuestro Señor: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame; porque el que quisiere salvar su alma, la perderá; mas el que perdiere su alma por mí, la hallará* (2).»

Quiere esto decir, que nuestro Salvador divino, aunque pudiera mandarnos en absoluto como supremo Señor nuestro que le sigamos, quiere, no obstante, dejarnos en libertad, para que haciendo uso de nuestro libre albedrío, vayamos en pos de El con buena voluntad y con mérito, tributándole con ello obsequio; y por eso no dice: «*Os mando que me sigáis; os obligo á que me sigáis*», sino úni-

(1) *Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis suis.* (Galat., IV, 7.)

(2) *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdidit animam suam propter me, inveniet eam.* (Matth., XVI, 24-25.)

camente: «*Si alguno quiere venir en pos de mí.*» (*Si quis vult post me venire.*)

¡Cuánto amor y cuánta misericordia! Y para que no erremos el camino al seguirle, añade á continuación que *nos neguemos á nosotros mismos (Abneget semetipsum)*; esto es, que renunciemos á nuestras propias comodidades y conveniencias, y más que nada á nuestro juicio y voluntad propios; quiere que aniquilemos en todo lo posible los desórdenes de nuestras concupiscencias, y que refrenemos las torcidas inclinaciones de nuestra indole natural; quiere que abdiquemos por completo todos nuestros afectos naturales contrarios á la divina voluntad; y aun quiere que nos abracemos con nuestra cruz (*Tollat crucem suam*); es decir, quiere que recibamos con pronto y alegre ánimo por su amor todas las adversidades, cruces y trabajos que Él se sirva enviarnos, ó que Él tenga á bien permitir, aun la muerte misma, reputándolo todo por nada en comparación de la vida eterna y de su gloria divina; quiere, en suma, que así, abrazados gustosamente con la cruz de las aflicciones y penalidades, le sigamos al Calvario, para seguirle después al cielo. (*Tollat crucem suam et sequatur me.*)

Y luego para animarnos á la práctica de tan eximia y heroica virtud, añade la razón, diciendo: «*Porque el que quisiere salvar su alma (es decir, su vida), la perderá; mas el que perdiere su vida por mí, la hallará.*» (*Inveniet eam.*)

Esto parece juego de palabras, pero encierra altísima sabiduría, y conviene mucho que los cristianos nos fijemos en ello; pues es como si el Señor dijera: «Todo el que ahora quisiere seguir sus concupiscencias para llevar vida temporal de placeres, perderá la vida eterna. (*Perdet eam.*) La perderá; porque querer llevar ahora una vida libre, deliciosa y voluptuosa, sin contenerse en nada, ni tener en cuenta la eterna beatitud, es preferir la vida del cuerpo, la vida de los sentidos, la vida del desenfreno, á la vida del alma y á su eterna salvación; es infringir los Mandamientos de Dios; es entregarse á la satisfacción de las concupiscencias, á las vanidades del mundo, á la ambición, á la avaricia y á todos los movimientos desordenados de su corazón; y esto ya se ve que es vida que mata al alma, y el que así la mata, la pierde.» (*Perdet eam.*)

En sentido contrario, el que ahora perdiere su vida corporal, ó padeciere de buen grado cualquiera tribulación ó mortificación por amor á Jesucristo, ó por la fe y el Evangelio, para conquistarse una eterna felicidad, ese tal encontrará la verdadera vida. (*Inveniet eam.*) Y la encontrará ciertamente; porque equivale á soportar

ahora con resignación todos los males de la tierra, todas las calamidades y miserias, y estar dispuesto á perderlo todo, incluso la vida corporal, primero que violar en lo más mínimo la ley del Señor, primero que contradecir con sus obras, con sus palabras ó con sus pensamientos la norma trazada por Jesucristo á los cristianos en su santo Evangelio. Y el que así perdiere la vida, la encuentra. (*Inveniet eam.*)

He aquí lo que significa Cristo nuestro Señor cuando dice que el ganar es perder, y que el perder es ganar; y bien claro lo muestra nuestra Epístola, diciendo: *El que vive según la carne, morirá; y el que muere según la misma carne, vivirá.* (*Si facta carnis mortificaveritis, vivetis.*)

Por último, amados míos; el modo práctico de ejercitar la mortificación con fruto, consiste en tres cosas:

1.^a En no querer mortificarse en todo al mismo tiempo, y ser de repente santo, sino en emprender el combate contra las pasiones separadamente, una por una, con perseverancia, y después de vencida y casi aniquilada la primera, dirigir los tiros á la segunda, y luego á la tercera y á la cuarta... y así sucesivamente, hasta que poco á poco consigamos someterlas todas á la razón y la razón á Dios.

2.^a Que comencemos la lucha contra la pasión más violenta y que nos ocasione mayor daño en nuestro espíritu; porque vencido el vicio principal, ó como dicen, el vicio rey, los demás pronto se dan por vencidos.

3.^a Que aun en el mismo combate se use de discreción, en especial si se trata de mortificaciones corporales; porque al cuerpo se le ha de regir, pero no se le ha de estenuar; conviene quitarle la arrogancia, pero no la vida. El glorioso Padre San Agustín nos suministra una buena regla, á saber: «*Acomodar las mortificaciones á la caridad.*» Si moderó el alimento, procuraré que no impida el ejercicio de la caridad: si las palabras, que no se falte á la caridad: si el vestido, que sea con caridad: si el aspecto del rostro, que jamás se lesione la caridad; pues todas las virtudes se resumen en la caridad, y faltando la caridad, falta todo. No se olvide nunca que «esta virtud *Reina* fué recomendada por Jesucristo y por los Apóstoles de tal suerte, que sin ella todo es inútil, y con ella todo es provechoso» (1).

(1) Si haec una absit, inania; si haec adsit, plena sint omnia. (S. Agust., de Morib. eccles., cap. XXXV.)

Tal es, en resumen, la naturaleza y necesidad de la mortificación, y también el modo práctico de hacerla con provecho. Todo ello se funda en la doctrina que hoy nos propone la Iglesia en la Epístola de San Pablo; pues dice el Apóstol que *«si viviéremos según la carne, moriremos, y que si con el espíritu hiciéremos morir los hechos de la carne, viviremos. Viviremos para Dios, seremos sus hijos, y por consecuencia herederos de su reino, y coherederos de Jesucristo; porque si ahora padecemos con El, con El también seremos eternamente glorificados.»*

Esto es, amados míos, lo que os deseo con todo mi corazón; pues haciéndolo así, ya nos dice el Apóstol que *«el mismo Espíritu de Dios dará testimonio á nuestro espíritu de que realmente somos hijos de Dios y herederos de su gloria»*. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo IX después de Pentecostés.

Sobre el temor de Dios.

HERMANOS míos amadísimos: El gran Doctor de las gentes y Apóstol por antomasia, partiendo del principio de la *necesidad de la mortificación*, para obtener la salvación del alma, decía á los fieles de Corinto: *«Hermanos, castigo mi cuerpo y le pongo en servidumbre (esto es, le sujeto á la obediencia que debe tener al espíritu, reprimiendo todos los movimientos que se levantan en él contra la razón); porque no acontezca, que habiendo predicado á otros me haga yo mismo digno de reprobación.»* (I Corintios, IX, 27.)

Esto, que decía el Santo lleno de temor ante la posibilidad de pecar, es lo que la Iglesia nuestra Madre trata de inculcarnos en la presente Dominica, y al efecto hace que el Apóstol San Pablo continúe su argumento en la Epístola de este día, diciendo: *«Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos debajo de la nube, y todos pasaron la mar, y todos fueron bautizados en ella y en la nube y en Moisés, y todos comieron una misma*

vianda espiritual, y todos bebieron una misma bebida milagrosa (porque bebían de una piedra espiritual, que los iba siguiendo; y la piedra era Cristo). Mas de muchos de ellos Dios no se agradó; por lo cual fueron postrados en el desierto. Y estas cosas acontecieron en figura de nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos las codiciaron.» (I Cor., X, 1 á 7.)

He aquí, amados míos, el nuevo argumento que emplea el Apóstol para inspirarnos horror al pecado; quiere que caminemos en temor santo de Dios, como medio para conservar limpia y pura nuestra conciencia; y yo, haciéndome eco de sus inspiradas palabras, intento mostraros hoy dos cosas:

- 1.^a La naturaleza y necesidad del temor de Dios.
- 2.^a Las utilidades que proporciona.

PUNTO 1.^o

NATURALEZA Y NECESIDAD DEL TEMOR DE DIOS

El grande Apóstol San Pablo, cuya doctrina os predico para que á todos nos sirva de modelo, dijo á los fieles de Corinto: *«Hermanos, me he hecho todo para todos, por salvar á todos, y hago esto para mejor propagar el Evangelio y recibir el premio en la eternidad (I Corint., IX, 22 y 23). Lo cual es como si les dijera: «De este modo, carísimos, habéis de procurar todos vuestra eterna salud, cada cual según su posibilidad y circunstancias; mas tened entendido—añade—(Verso 24) que «no todos los que corren en el Estadio consiguen el premio. Por mi parte corro por el camino del Evangelio, no de una manera incierta, sino castigando mi cuerpo hasta reducirle á servidumbre, no sea que después de predicar á otros, sea yo hecho digno de reprobación».* (I Corint., IX, 27.)

Es decir, que el Apóstol, aun estando en pleno ejercicio de sus tareas apostólicas, por amor á Jesucristo y por la salvación del mundo, teme por sí mismo y encarga á los de Corinto que *teman*, diciéndoles: *«Mirad, hermanos, que nuestros padres, después de la salida de Egipto, fueron todos cobijados bajo la nube misteriosa, y todos pasaron milagrosamente el Mar Rojo, y se alimentaron del maná que caía del cielo, y bebieron el agua espiritual que salía de la piedra, siendo la piedra Cristo, y sin embargo muchos de ellos no agradaron á Dios, y en castigo murieron en el desierto, siendo solamente dos los que consiguieron entrar en la tierra de promi-*